



Recomienzos

Horizontes para
aprender a *levantarse*

José L. Castañeda Lerma

Recomienzos

**Horizontes para aprender a
*levantarse***

José Luis Castañeda

Recomienzos: Horizontes para aprender a levantarse

© 1998 por José Luis Castañeda

Primera edición digital

© 1998 Sícap

Nogales 88

Fracc. Chapultepec

Tijuana, B.C.

Teléfono 686-15-20

civitas@icanet.com.mx

www.sicap-instituto.com

Impreso en México

Prohibida la reproducción parcial
o total por cualquier medio sin autorización
por escrito del autor



Prólogo

Al comienzo era cada mes, después cada quince días que había que sentarse a escribir un boletín para los clientes de la empresa. Después los pusimos en nuestro sitio de Internet y nos dimos cuenta del verdadero alcance de estos escritos.

Sabemos que quines leen estos boletines, los reparten y comentan entre un buen número de personas, nos lo han comentado. En algunas empresas aparecen en los frisos de comunicación. Debo suponer que algún bien están haciendo.

Surgió la idea de que si se leen tanto por qué no reunirlos en un e-book de tal manera que su impresión fuera más “amigable”.

Esa idea está ahora frente a tu pantalla o en tus manos. Ojalá que te sirvan.

Hemos seleccionado los artículos más leídos, según las estadísticas de nuestra página, no tienen un orden específico pero espero que en este caso, “el orden de los factores no alteren el producto”.

Pronto subiremos un e-book que habla sobre la Laboriosidad.

Esperamos que estos escritos breves te sean de ayuda. Si quieres hacernos cualquier comentario ¡bienvenido sea!

Estar hasta las narices

Se vale, es muy humano el llegar a estar hasta las narices, cansados y hartos y también es válido el decirlo o gritarlo, es también muy humano. Y aunque no lo creas es algo muy positivo.

A veces se descubre que en lugar de vivir la vida, se lleva a cuestras y eso ¡cansa! Pero el descubrirlo es el inicio del cambio.

Puede ser que se este harto, por ejemplo, de la mujer o del marido, porque no te sientes comprendido, porque tiene una sarta de defectos que quizá no se detectaron a tiempo, por lo que tu quieras; pero el decir que estás hasta las narices significa que se te ha olvidado que te casaste para complementarte tu y complementar a la pareja. Entonces ese estar harto significa redescubrir tus propias actitudes negativas en la relación y volver a contemplar el fin.

A lo mejor estás cansado en tu trabajo, con tus empleados porque no son lo suficientemente productivos o por que no te entienden. Ahí encuentras nuevamente un punto de mejora en tu manera de ser, porque analizarás las cosas y te darás cuenta que un cambio tuyo implica un cambio en los demás.

Podría ser que el cansancio y la hartura se refieran a ti mismo. A que las cosas no salen como quieres, o a lo mejor lo económico, o a la situación del país, a

que ya te has cansado de hacer tu mejor esfuerzo y que todo siga igual. En fin.

¿Sabías que el estar cansado o harto nos redescubre las cosas que valen la pena? Se cansa de batallar por conseguir lo que alguna vez fueron ideales. Me corrijo, que lo siguen siendo y que nos motivan a luchar y a pelear con lo que esté a la mano por conseguirlos. Entonces descubres que no eres súper hombre o súper mujer y que en realidad te cansas como cualquier otro. Pues tómate un descanso, prepara estrategias, redescubre lo que te lleva a vivir la vida y no a cargarla y programa otros ratos para estar harto. Recuerda que al apretar un tornillo, la última vuelta, es la más difícil de dar ¡pero es la que sostiene aquello que se atornilla!

A veces nos cansamos a la mitad del camino de lo que estamos persiguiendo, pero si estás a la mitad no tiene sentido, ninguno, el regresarte.

La vida está llena de obligaciones y responsabilidades que no permiten quitar el hombro, aunque exista la tentación de hacerlo, entonces ¿Qué crees? Es el momento del recomienzo.

Si, de verdad, el accionar más importante de la persona es el recomenzar, con nuevos bríos y seguramente con nuevas estrategias, pero siempre recomenzando.

Habrán momentos en que las cosas no se vean nada claras, entonces, déjate llevar un poco. Las personas

que amas seguramente te ayudarán más si entienden o les explicas aquello que te pasa. Dale la mano y deja que te guíen. ¿Metafórico? No, práctico.

A veces por esa lucha desmedida no nos damos cuenta de lo que tenemos alrededor. De los vasos de agua que se nos ofrecen a lo largo del camino, como la sonrisa de tus hijos, el ánimo jefe! de tus empleados, alguna ayuda que despreciamos porque ¡somos muy importantes!, de la caricia de un ser querido. De la plática insulsa pero sabrosa de alguien alrededor nuestro... en fin, que cuando comenzamos a no tomar en cuenta los detalles de los que está hecha la vida, estamos comenzando a cargarla y a dejar de apreciarla.

En cierta ocasión de hartura, que el autor también la tiene, alguien me dijo: no te tomes tan en serio ¡vive!

Quedamos, entonces, que se vale manifestar que estamos hartos, decíamos que es muy humano. Pero la actitud que queda es encoger los hombros, sonreír un poco aunque sea por dentro y repetirnos ¡Vale la pena!

El vacío interior

En un día normal una persona que trabaja tiene una rutina semejante. Posiblemente se levante y comience por poner el radio o ver un poco de noticias mientras realiza su aseo. Subirse al auto y poner la radio o subirse a un taxi y escuchar la radio del taxista. En el trabajo, juntas, resolver los problemas cotidianos, comer acompañado y platicar un poco, al salir de sus labores, cansado quizá, oirá noticias y a su pareja, hasta que le gane el sueño y se duerma.

El silencio interior, el desconectarse para pensar en el rumbo de la vida, el planearla, el darse tiempo para sí mismo y retroalimentarse, son actividades que poco se hacen y esto trae como consecuencia: la precipitación, el no descubrir lo importante de lo secundario. El que el tiempo se nos vaya de las manos y que cada vez nos dejemos llevar más por las circunstancias que por un plan de vida definido.

Se crea un ruido interior, que no nos permite buscar la paz interior y la reflexión. Descubrimos que nuestras principales preocupaciones son la lucha desenfrenada por la subsistencia material: querer tener cada día más. No significa que lo material sea secundario, las necesidades de seguridad deben resolverse, sin embargo hay acciones más trascendentes: nuestra actualización, nuestra planeación laboral y familiar, la trascendencia de nuestras actitudes, Dios...

Todo esto comienza a volverse costumbre y comienza a generarse lo que se conoce como vacío interior. Se reconoce en primer lugar por el no agradarnos estar solos, ¡tenemos tan poco que contarnos! Sabemos que hay mucho que corregir, mucho que cambiar, mucho por hacer... pero lo dejamos para los intervalos de silencio que tenemos a lo largo del día. Además tenemos poca información de trascendencia que nos pueda guiar, e pocas palabras nos abandonamos interiormente.

Dice una autor que lo “*trascendente es lo inmanente*”, puede interpretarse como “trasciende lo que queda”. En nuestro afán diario, lo principal es lo material, pero esto se usa y pasa ¿qué estamos dejando que realmente quede? ¿Dejamos huella positiva en las personas que amamos y que nos rodean? Preguntas cuyas respuestas comienzan a ayudarnos a salir de ese vacío tan común: el interior.

¿Posee usted la virtud del servicio?

Hemos afirmado en esta columna con cierta continuidad que el servicio guarda una íntima relación con la empatía con el cliente. Empatía, en su significado etimológico significa «sentir con». Este «sentir con» tiene mucho que ver con la aptitud de saber observar, muchas veces la empatía nace cuando observamos el lenguaje corporal de los clientes y ahí detectamos lo que necesitan y piensan.

Posiblemente esté UD. pensando que no trabaja en un lugar donde haya clientes, habrá que recordar que la actitud de servicio se maneja en cualquier parte. A continuación se describen algunas actividades en las que se puede detectar si se tiene esa empatía hacia los demás o estamos enconchados en el caparazón del egoísmo.

- Ir a baja velocidad en el carril de alta: contemplamos con frecuencia la lentitud de algunos conductores que van en el carril de alta velocidad y que no se ponen a pensar en que están deteniendo el tráfico. Si se les rebasa se enojan y le dicen al que rebasa que se pase por arriba. O bien les encienden las luces para que se muevan a otro carril y piensan que los están saludando; no alcanzan a comprender la existencia de la larga fila de autos que vienen

detrás de ellos ni la posibilidad de que puedan tener prisa.

- Saltarse los lugares en una fila: Siempre encontraremos personas que «deben tener cosas más importantes que hacer» que nosotros y que sin importar el tiempo que llevan los demás en la fila, buscan y logran saltarse los lugares. O cuando estamos en la eternas «colas» de los supermercados, gente que busca nuestra empatía y nos muestra un par de artículos y nos dice «solo voy a pagar esto». A veces se les deja, pero no se piensa en que no somos los únicos en la fila.
- Pedirle a alguien que haga lo que Vd. puede hacer por comodidad: a veces esto se da mucho en la casa y en la empresa, pedir cosas que nosotros podemos hacer. Cuando hacemos eso, estamos diciendo en silencio que lo que está haciendo el otro y su tiempo no son «tan importantes» como el nuestro.
- Dejar estacionado el auto en doble fila: pensando en que lo nuestro es prioritario, en ocasiones se estaciona el auto estorbando a los demás y nos justificamos diciendo: «es que no me voy a tardar», sin importar que tapemos una salida o que detengamos o entorpecemos el tráfico. Cuando salimos y oímos algunos insultos o claxonazos pensamos «¡que tiempos! ¡como se ha vuelto la gente tan poco comprensiva!».
- Incapacidad para detectar las necesidades materiales de sus hijos, de su pareja y de sus

empleados: en ocasiones por falta de observación o de interés no detectamos las necesidades de los nuestros y tenemos que esperar a que vengan a decírnoslo, el servicio requiere saber adelantarse.

- Llegar tarde: es una clara situación en que no se piensa en los demás. En sus actividades, es el valor de su tiempo, en lo que les podemos hacer perder. Faltar a la puntualidad es hacer perder el tiempo a los otros.

- Dejar desarreglado o sucio un baño después de haberse utilizado. Es frecuente dejar la toalla, el rastrillo, la ropa interior fuera de sitio, la pasta dental abierta; los varones no levantar la tapa de la taza de baño cuando se va a orinar; usar la toalla de manos y no devolverla a su lugar. Todo esto y algunas cosas más prosaicas, es una clara evidencia de no pensar en los demás, de falta de la virtud del servicio. No importa que haya una empleada doméstica que lo haga, ¡también a ellas hay que facilitarles su trabajo! Este punto es más importante de lo que se cree, puesto que si no somos serviciales con los que más queremos, ¿que se puede esperar de nuestro servicio en la empresa donde se trabaja con gente que conocemos poco?

Las anteriores son algunas actitudes que demuestran en ocasiones, la poca «empatía», con los sentimientos de los demás. La falta de servicio que hay en nuestras vidas. ¿Qué tal andamos?

¿Una vida vegetativa?

Hace poco platicando con un amigo, me comentaba que en la actualidad no hay mucha diferencia entre la vida vegetativa y la vida humana, las plantas, nacen, crecen, se reproducen y mueren y van tomando la forma exterior de su entorno, en pocas palabras –añadía- ¡crecen a lo silvestre!, y me afirmaba que en ocasiones en el ser humano esta analogía es válida, ¡también crecemos a lo silvestre!, a como se van dando las cosas, enfrentando lo que se nos presenta – al igual que las plantas las inclemencias-. En pocas palabras se podría decir que lo que le espera también al ser humano es nacer, crecer, a lo mejor reproducirse – hay mucho egoísmo actualmente- y morir. Una rutina inevitable.

Sin embargo, los seres humanos pueden «rebelarse» a esa monotonía vegetativa, porque tienen inteligencia y voluntad. La inteligencia plantea siempre la posibilidad de una vida mejor. Entendamos que una vida mejor no es una vida de lujos y de satisfactores superfluos, sino una vida vivida a plenitud en la que se desarrolla todo lo que el ser humano debe ser. Una vida proyectada a futuro incluyendo a quienes amamos, que aunque poseen su propia libertad, somos corresponsables en algunas de sus actuaciones. Es como ir en una

barca: se puede ir a la deriva –una vida silvestre- o se puede saber desde el principio a donde se quiere llegar. Los remos en esta saga, es nuestra voluntad. Podemos tenerlos y no usarlos o podemos, a pesar del cansancio usarlos para llegar al puerto al que deseamos arribar.

Fundamentar la vida es darle principios. Pero requiere necesariamente de definir finalidades. Parece contradictorio hablar de fundamentos y de fines como algo relacionado, pero no hay tal contradicción. Que quiero llegar a ser (fin) se relaciona necesariamente con quien soy (principio). Siguiendo los ejemplos, pero cambiando el tema: si quiero construir un edificio, requiero saber de que tamaño lo deseo para fundamentar su altura (nuevamente principio y fines de la mano). Surgen entonces preguntas incómodas como ¿Qué vida quiero construir?, y una vez definida ¿Qué fundamentos debo poner? ¿Puedo llegar a lo que me propongo con lo que tengo y soy? ¿Qué características como ser humano tengo y cuáles puedo usar? ¿Las reglas que conozco para vivir son adecuadas para mí? ¿Que puedo hacer para que mi voluntad se fortalezca? ¿cuáles son los principios objetivos para poder decir que viví una vida realizada? ¿Los hay? Demasiadas preguntas para martes en la mañana.

Todas estas cuestiones alguna vez han martillado nuestras cabezas, algunas ocasiones nos hemos detenido a profundizarlas, pero la mayoría de las

veces preferimos dejarlas de lado para seguir
viviendo una vida silvestre

Grandes logros, trabajo en lo pequeño

Es normal, cuando vemos a gente triunfadora, admirarla y de alguna manera se nos apetecen sus triunfos. En cierta forma nos gustaría estar en el podio de los vencedores oyendo el Himno Nacional y ondear nuestra bandera. O quizá se sienta cierta envidia al ver el progreso de la “gente de al lado” en nuestra empresa.

Vemos sus triunfos y pareciera que es algo sencillo. Por ejemplo, en las olimpiadas, vimos triunfar a nuestros compatriotas -quizá alguno de ellos desconocido-, que hace aparentar que los triunfos son repentinos. Pero detrás de ellos esta una vida llena de determinación de coraje, de esfuerzo cotidiano y ¿por qué no? de sinsabores.

Detrás de cada triunfador hay tres factores, básicos, que normalmente no tenemos en cuenta: Una meta bien trazada y realista, una determinación para conseguirla, y mucho vencimiento en detalles aparentemente sin importancia pero que forjan el triunfo.

Ningún corredor de fondo, se levanta de la noche a la mañana y gana una carrera. Detrás de un logro vienen un sin número de cosas aparentemente insignificantes que van entretejiendo sus resultados.

No comer determinados alimentos, para cuidar el peso. Dormirse a hora fija, correr cada día más distancia en menos tiempo. Soportar el frío o el calor. Entrenamientos cotidianos que tomados en lo individual parecen insignificantes. Algunas “fiestecitas” a las que se debe renunciar. Levantarse temprano. Auto motivarse. Los “amigos” que no logran entender por que se hace lo que se hace, etc.

Cada uno de los aspectos mencionados pierden importancia si se toma uno por uno, pero en su conjunto dan el triunfo. Podríamos decir que alguno de ellos son pequeñeces y que cualquiera podría hacerlos.

Alrededor del ámbito en el que nos movemos, -trabajo, familia etc.- el lograr lo que queremos está basado en un cúmulo de insignificancias, que en ocasiones despreciamos por perder de vista lo importante que se pueden tornar. Ejemplos: cuidar la ortografía de un escrito. Terminar con perfección un trabajo que nos parece pesado. Sobreponernos al hambre, al frío, al calor, al malhumor del jefe, a los chistes del pesado de al lado. Cumplir con un horario. Las contrariedades de la jornada. Sonreír a nuestros colaboradores. Trabajar hasta el último minuto etc., etc. Recordemos que “la última vuelta de un tornillo es la más difícil de dar, pero es la que sostiene todo”.

¡Cuando se nos presenten las proezas grandes verán de que temple estamos hechos!, y efectivamente cuando se presenten conocerán los demás que

tenemos una larga lista de pretextos para justificar nuestro fracaso, además de una lista de culpables a quienes atribuirles nuestra falta de constancia y determinación.

Detrás de todo triunfo hay una larga historia de prosaicas cotidianeidades que solo los que se determinan logran entender, que son los pasos que se deben dar sin restarles importancia, porque todo triunfo tiene un entramado de detalles pequeños que en ocasiones solamente los magnánimos logran descubrir. J. Escrivá afirma que «No *pudiste* vencer en las cosas grandes, porque no *quisiste* vencer en las cosas pequeñas».

Madurez

Al hablar de madurez surge siempre alguna de estas dos actitudes: pensar que en lo personal lo somos y afirmar que a la mayor parte de la gente le falta.

Cuando contemplamos cualquier tipo de fruta, analizamos las cualidades que ésta tiene y si le faltara alguna hablaríamos de falta de madurez. Por ejemplo al intentar comernos una manzana roja, buscamos, color, consistencia y olor, si alguna de estas características no se da sabemos o decimos que esa fruta no está madura.

En la madurez física de los seres humanos, sabemos que ésta falta cuando alguna de las cualidades esperadas de la persona, estatura, falta de algún miembro o de algún órgano, no se desarrolla.

Igual se puede hablar de la madurez interna: una persona que le hagan falta ciertas cualidades carece de la misma. ¿Qué tipo de cualidades?: virtudes. Todos esperamos, cuando conocemos a una persona que esta sea sincera, honesta, generosa, prudente objetiva, etc. Estos valores hacen que la vida se pueda vivir felizmente, sin embargo cuando alguna cualidad esperada le hace falta, se habla entonces de inmadurez.

¿Como puede vivir feliz la vida una persona que juzga las intenciones de los demás sin conocerle o aún conociéndole? esto sucede cuando hace falta la cualidad de la comprensión. ¿Como pretende vivir

feliz una persona que actúa y luego piensa?, esto es que le falta la virtud de la prudencia.

Cuando reconocemos, por ejemplo nuestra verdad, esto es, lo que realmente somos y no lo que pretendemos ser, se habla de objetividad. Cuando nos enfrentamos con sinceridad a las cosas a pesar de que serlo nos cueste o cuando estamos para servir a nuestros empleados procurándoles aquello que les hace falta para desarrollar un trabajo bien hecho. O cuando descubrimos que efectivamente la felicidad consiste en estar al pendiente de los demás con olvido de uno mismo se comienza hablar de madurez.

La madurez personal consiste en la suma de virtudes que una persona tiene. Y curiosamente la felicidad es directamente proporcional a ésta.

Solo se supera aquello que se reconoce o se acepta. Reconocer que si me va bien o mal en el trabajo es debido a mis cualidades y defectos es un paso a la madurez personal. Me supero en la medida en que me reconozco y actúo en consecuencia.

Entra ahora la virtud de la humildad que me permite conocerme tal cual soy, sin presunciones ni teorías, la pura realidad.

Es sorprendente el ver como se envía a cursos de Desarrollo y Formación a personas de una empresa y que no asistan los jefes, como pretendiendo

afirmar con esta actitud, que ellos son maduros y sus colaboradores no.

La madurez tiene un punto de prueba y consiste en el cuestionarse que nos hace falta para ser más felices. Sabemos que lo material es consecuencia del ser más. Por ejemplo: si aparentemente mi felicidad esta en conseguir la casa de mis sueños, sabemos que se tendrán que cambiar algunas actitudes en el trabajo para poder conseguir un poco más de dinero que me ayude a obtenerla: ser más eficientes, ser más ordenados, ser más laboriosos, ser más comprensivo con mis colaboradores etc. Estas actitudes de “ser” me llevan necesariamente a “tener”. Y curiosamente este ser “más”, significa madurez.

Si tu vida no es feliz, probablemente te falte madurez para vivirla

¿Uno más o uno menos?

Pegado al cunero de un hospital de la localidad me encontré a un ex alumno de nuestra institución. Yo había ido a visitar a un enfermo muy querido para mí. Jorge ni siquiera se dio cuenta de mi presencia, estaba absorto contemplando los recién nacidos que en ese momento eran siete.

Le pregunté cuál era su hijo y lo sorprendí con la pregunta, con entusiasmo me señaló a una niña preciosa y me dijo de manera casi inaudible ¡siete más! Reconté el número de bebés y supuse que se refería a ellos. Me atreví a preguntar: ¿siete más qué?

Siete más –me contestó con seriedad- que si se descuidan pasarán a formar parte de la gran plaga de mediocridad que nos rodea.

Puedo ser –añadió- un padre más como quizá lo puedas ser tú y como quizá también lo pueden o podrán ser los padres de los seis restantes.

Va pasando la vida y eres un profesional más, un marido más, un padre más, un gerente más, un hijo más, un estudiante más. Hace falta hacerse violencia para salir de esta mediocridad tan agobiante y tan natural que nos envuelve, que se nos mete como por ósmosis. Ahí tienes a mi hija y aquí tienes mis pensamientos. A mí me gustaría que fuera una persona menos del montón.

No me atreví a hacer ningún comentario, simplemente lo felicité y le desee que efectivamente su hija fuera una menos de las masas.

En el auto me acordé de lo que afirmaba Max de Pree en uno de los libros que escribió sobre liderazgo: “no basta que seas exitoso porque obtienes tus metas, se requieren personas que logren desarrollar todo su potencial posible”. Sin embargo nuestro potencial se detiene por las circunstancias en las que vivimos y le echamos la culpa a éstas.

Soy un –esposo, padre, trabajador, gerente, profesionalista etc.- más, porque es difícil destacar, porque requiere esfuerzos que no estamos dispuestos a dar, a final de cuentas el ser uno más de lo que sea nos envuelve en las masas y ahí podemos pasar de una manera anónima, sin que nadie se fije en nosotros.

No es que no se pueda salir del montón, lo que nos hace falta son metas trascendentes que permita hacerlo. Nuestro conocimiento personal es superficial, conformista, aceptamos ser personas “hechas” terminadas etc. Ciframos el éxito en lo material que vamos consiguiendo aunque en esa lucha nos quedemos cada vez más vacíos internamente.

Así decimos por ejemplo: tengo a mis hijos en la mejor escuela, pero son unos más en la misma. Logramos el ascenso a un puesto que hemos

deseado toda la vida, pero volvemos a ser uno más en ese puesto.

Nos quejamos de falta de líderes pero no nos preocupamos por ser uno menos del montón, que con nuestra conducta y acciones les podamos echar en cara la comodidad de seguir a la mayoría.

Nos encontramos con personas que no saben seguir sus sueños, dado el caso que los tengan. Con ganas de ir repitiendo sendas ya caminadas y con miedo a descubrir las propias, como todos como la mayoría.

La mayoría dicta lo que se tiene que hacer aunque estos dictados sean en más de una ocasión irracionales. Es importante el reflexionar, detenerse a pensar que es lo que quiero y como me afecta la comodidad para conseguirlo. Merece la pena desadocenarse, resaltar nuestra individualidad en lo que somos y en lo que queremos, en tratar de ser uno menos, de que nos vean luchar una y otra vez, de preocuparnos por servir y encontrar la alegría del servicio.... a menos que quieras ser uno más en todas las actividades que realizas

¿Me permites quitarte un poco de tu vida?

Juan estaba citado a las 17.00 en una oficina en la cual ofrecería sus servicios a determinado gerente de una empresa. Llegó puntualmente a la cita y se dirigió a recepción, la recepcionista marcó determinado número interno y avisó de la presencia de Juan. Le dijeron que en un momentito le atenderían, y le invitaron a sentarse.

Juan estuvo observando a otras personas que venían a otro tipo de citas y le llamó la atención ver a una chica que estaba dormida en una especie de escritorios que se encontraban detrás del panel de recepción. El *momentito* se había prolongado por veinticinco minutos y nadie salía a atenderlo. Sacó su tarjeta y se la entregó a la recepcionista y le dijo que avisara que se retiraría. Movidio por la curiosidad preguntó por la chica que estaba dormida y le contestaron que llevaba hora y media esperando que la atendieran, era una persona que había ido a pedir trabajo, la recepcionista le comentó que era muy frecuente que se hiciera esperar a los candidatos a esa empresa.

Estaba a punto de retirarse, cuando la recepcionista le dijo que en un minuto más la persona que lo recibiría lo atendería. Se esperó, al minuto salió la persona que le iba a atender y le pidió una disculpa

«por haberle robado esos treinta minutos de tiempo», Juan que es muy incisivo le contestó: «no me robaste treinta minutos de mi tiempo, me has robado treinta minutos de mi vida».

¡Qué razón tiene Juan!, un minuto de tiempo desperdiciado es un minuto de vida desperdiciada. La vida se vive en el tiempo y quitarle tiempo a una persona en el fondo es quitarle un poco de su vida.

En ocasiones perder o hacer perder el tiempo, parece algo insignificante, unos cuantos minutitos se pasan volando, sin embargo la vida se compone de esos minutitos a los que en ocasiones no les damos importancia.

Juan le comentaba al autor lo siguiente: suponte que me quedan solo tres horas de vida y media hora de ese resto me la paso haciendo nada, esperando a alguien, ¿te das cuenta entonces del robo de vida que significan esos treinta minutitos?. Te parecerá una exageración pero nadie sabe el tiempo o vida que le queda.

En México nos reímos por la falta de puntualidad, decimos que es algo inherente a la cultura del mexicano, sin embargo es bueno que se reflexione la importancia que tiene en cada una de nuestras vidas el tiempo y el saber aprovecharlo. A lo mejor en nuestras vidas el tiempo lo desperdiciamos de una manera inmisericorde y por vivirlo así no alcanzamos a valorar el tiempo de los demás, a lo mejor realmente pensamos que la vida no vale nada,

sin embargo nuestras vidas se construyen con cada minuto que vamos pasando en el tiempo.

Así cuando hacemos esperar a alguien porque tenemos alguna otra cosa que hacer, es como decirle tu vida para mi no tiene importancia, pero la mía sí.

La puntualidad como virtud, como exigencia personal parte de la base de una valoración alta de la vida propia y de la vida ajena. No se puede faltar a la puntualidad sin considerar que las personas que esperan también podrían estar haciendo otra cosa importante para ellos. La falta de puntualidad encierra de alguna manera algo de egoísmo, puesto que solo nos lleva a pensar en el tiempo personal.

Afirmaba J. Escrivá «Si el tiempo fuera oro, podrías desperdiciarlo quizá, pero el tiempo es vida y tu no sabes cuanta te queda» Tiempo y vida confundidos en un mismo concepto. Correlacionados de una manera fuerte.

Por eso cuando digas que le vas a robar a alguien un poco de su tiempo, piensa que lo que estás robando es lo más preciado para todo ser humano: su vida y saca consecuencias.

Ser roñoso con nuestro tiempo nos hace apreciar el tiempo de los demás, no desperdiciar nuestra vida y no permitir que otros la desperdicien es realmente valorar el tiempo propio y el tiempo ajeno.

El autor se ríe un poco en este momento, puesto que va a hacer un trámite al municipio y seguramente le robarán un buen pedazo de su vida.

Aprender a perdonar

Seguramente al igual que le sucedió al autor, te despertaste hoy primero de enero sabiendo que es el inicio de año y después de un festejo por todo lo alto, te asomaste a la calle y viste un día como cualquier otro, te viste a ti mismo y eras idéntico al que ayer festejaba al compás de las doce campanadas el inicio de un año más.

A lo mejor te diste un poco de tiempo para formular algún propósito y quizá hasta lo escribiste en algún lugar que posiblemente no recuerdes de inmediato.

Algunos escribimos propósitos por costumbre y también por costumbre los olvidamos rápidamente. Sin embargo hoy oí una conversación sobre propósitos que me llamó poderosamente la atención y me gustaría compartir con ustedes: el propósito de aprender a perdonar.

¿Cuántos sentimientos y resentimientos guardas en tu corazón? ¿Cuántas personas tienes incluidas en tus listas de agravios? ¿Cuántas pequeñeces has magnificado y las mantienes dentro de tu archivo de rencores? ¿Cuántas de estas cosas son objetivamente malos entendidos o interpretaciones subjetivas de la vida y de las acciones de los demás? ¿A cuántas personas les has dejado de hablar o les has disminuido el trato?

Seguramente que tendremos respuesta para algunas de esas preguntas y lo curioso del asunto es que esas

personas que nos «*han ofendido*» pueden pasar al lado nuestro tan tranquilas y en paz, sin saber siquiera que son «personas marcadas por el *ofensómetro* de nuestra susceptibilidad». Juan, por ejemplo, le guarda resentimiento a Laura porque no le entregó un reporte que necesitaba para una junta y pensó que lo querían boicotear. Laura, que no conoce las profundidades del resentimiento de Juan, pasa y lo saluda con amabilidad diariamente pues sabe que desde su punto de vista el reporte llegó a tiempo. Juan siente coraje cada vez que lo saluda y tiene que tomarse un te para el dolor de hígado. ¿Quién pierde?

¡Es objetivamente ridículo el sentirse ofendidos! ¿Pero es que no habrá cosas que objetivamente no sean perdonables? Habrá seguramente cosas que nuestra falta de humildad agrande y habrá cosas también que nos hagan a propósito para hacernos sentir mal, entonces surge el aclararlas el decir los sentimientos que estamos experimentando con sencillez, pero decirlos, que no quede de nuestra parte. Habrá también cosas que nuestra imaginación nos descubra, entonces un análisis a fondo ayudará a superarlo.

Perdonar viene de dos palabras latinas *per* y *donare* que pueden significar libremente «volverse a dar»: volver a dar la confianza que aparentemente se perdió, volver a dar el cariño y trato a la persona que aparentemente nos ofendió, volverse a dar en el matrimonio a pesar de las insignificancias del roce diario. Volverse a dar con esos hijos que no están

todavía maduros y que aparentemente nos han ofendido.

Volverse a dar significa quitarle obstáculos a nuestro corazón para que siga creciendo en el amor y que no se empequeñezca con insignificancias.

Comenzar el año, libre de cargas emocionales que solamente requiere de una actitud más comprensiva hacia los demás, es un verdadero y gran comienzo. Recuerda como afirma un autor, «más te ha perdonado Dios a ti».

Recomienzos